

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

605

25
cts

JOAN BENNETT

JAMES KIRKWOOD

QUERIA UN MILLONARIO



BLYSTONE, John G

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis -:- Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 605

She Wanted a Millionaire, 1932

QUERIA UN MILLONARIO

Sugestivo asunto, interpretado por la bellísima
JOAN BENNETT, JAMES KIRKWOOD, etc.

Spencer Tracy

Es un film **FOX**
(Oro de ley de la pantalla)
Distribuido por

HISPANO FOXFILM FOX

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal - fotografía de
JAMES DUNN



QUERIA UN MILLONARIO

Argumento de la película

El padre se levantó y avanzó de puntillas hacia el cuarto de su hija. Una mueca de ira se dibujó en sus facciones, y volvió a su habitación, donde su esposa descansaba.

—Juanita no está en su cama—explicó.

—Ha salido con Huphrey Brook.

—Y te parece bien, ¿eh?... Un joven rico y una muchacha pobre.

—Ella se sabe proteger.

—Cualquiera con dinero es de tu agrado.

—No grites tanto que vas a despertar a los niños.

El marido, refunfuñando, fué luego al cuarto de sus otros hijos, que estaban desvelados y cometían travesuras. Consiguió poner de nuevo silencio y se volvió a su cama, con la preocupa-

pación de que Juanita, su hija mayor, estuviera sola a aquellas altas horas, tan propicias al mal.

Era aquella una familia de obreros. Juanita era una bellísima muchacha que trabajaba en una fábrica de tejidos. Cansada de su monótono y aburrido vivir, soñaba siempre con poder alcanzar un hombre rico para casarse legalmente con él... Iba hacia su conquista, pero sin tolerar que ninguno se propasase jamás. Sus sueños de grandeza no estaban reñidos con una moral rigurosa. El único medio de dar su amor era el matrimonio.

Aquella noche, después de haber ido a un baile con su amigo Brook, regresaba al pueblo en el automóvil de éste.

Se hallaban en plena carretera, lejos todavía de la villa, cuando el joven detuvo el carruaje.

—Estoy loco por ti, Juanita.

—Yo también te quiero mucho, Brook.

Cambiaron un beso, pero ella, de pronto, indicó:

—Es muy tarde ya, Brook. Vale más que vayamos para casa.

—Sí, a mi casa.

—A la tuya, no. ¿Cómo te atreves?

—No hagas remilgos. Te estoy proponiendo que pases la noche conmigo.

—No... No... Pensé que me querías de veras... Y me ofendes...

—Sí, te quiero, pero tengo demasiado dinero para pensar en casarme.

—Tu dinero no me puede comprar. ¡Qué desengaño! ¡Déjame!

—Si bajas tendrás que ir a casa caminando.

—Lo prefiero antes que permanecer contigo.

Y ofendida por aquel proceder que no esperaba, bajó del auto.

Brook, disgustado por habérsele escapado su palomita, dió de nuevo marcha al automóvil y desapareció prestamente.

La joven echó a andar de prisa hacia su población. El fracaso de su aventura la ponía de mal humor. Iba distraída por la vía del tren.

Vió de pronto avanzar el ferrocarril y se puso a un lado... El convoy iba lentamente. William Kelly, el maquinista, un muchacho grandote, tiznado el rostro, se dió cuenta de aquella joven, que parecía dar muestras de cansancio. Y llevado de un sentimiento de interés, detuvo la máquina al nivel de ella.

—¿Quiere usted montar? Suba... La invito.

Sus ojos se iluminaron con una sonrisa, al considerar que podría realizar el resto del viaje sin fatiga.

—¿Corro peligro?

—Conmigo no corre ninguno... Suba.

Ayudada por Kelly, Juanita montó en la máquina.

—Siéntese aquí — indico Kelly—. Está más limpio... Antes de media hora llegaremos a la villa... Pero una joven tan bella como usted no debería andar sola.

Alternando con la vigilancia de la vía, hablaba con Juanita, un poco cohibida en aquel ambiente de polvo de carbón y con aquellos hombres tiznados.

—Jamás creí encontrar nada tan hermoso en el camino.

—Pues ya ve...

—¿Se peleó con el novio?

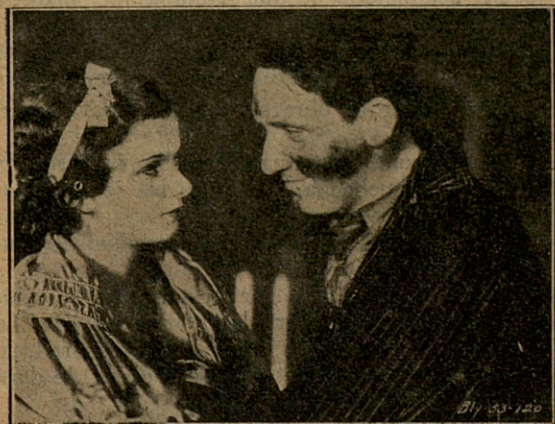
—Sí. No era lo que yo creía... Un...

—Comprendo. Un fresco de los que saben aprovecharse.

Todo el resto del viaje lo pasó piropeando a la joven, y ésta, a pesar del disgusto que llevaba en el alma, se sintió prendida en la simpatía que inspiraba aquel joven vigoroso.

—¿Es usted casado?

—No, pero no ha sido por falta de oportunidades. Estoy muy satisfecho de mí mismo. No



Ayudada por Kelly, Juanita montó en la máquina.

soy vanidoso, sólo me gusta decir la verdad. Tengo ambición y seré algo en la vida. Mañana dejo la locomotora. He conseguido un empleo mucho mejor.

Llegaron a la estación, y Kelly se brindó a acompañar a Juanita hasta su casa. Ella aceptó,

llevada de la onda de afecto que esparcía aquel muchacho.

Ante una casa de modesto aspecto se detuvieron, y Juanita tocó el timbre. Su padre abrió la puerta, y mirando a Kelly altivamente y sin decirle nada, hizo entrar a la muchacha en la casa, cerrando luego bruscamente el portal.

—Por primera vez en mi vida te voy a castigar. ¿Cómo vienes a esas horas? ¿Y ése es el joven acaudalado de que hablaba tu madre? ¡Perdida!

Kelly había escuchado, y deseoso de poner las cosas en su puesto, llamó norviosamente...

Fué a abrir el obrero, y Kelly, suavemente, explicó:

—La encontré caminando hacia su casa. Es una buena muchacha. No todas las jóvenes harían semejante cosa.

—He criado a mis hijos sin necesidad de consejos de nadie.

—No se ponga así... Me gustaría ser su amigo... Y trataré de hacer algo por usted... Lo he visto trabajando en el taller del ferrocarril. Y cuando yo sea presidente del ferrocarril, le daré un buen empleo...

Y salió rápidamente mientras el padre sentía una repentina inclinación a favor de aquel muchacho.

—Es simpático... Te aseguro que no pensaba pegarte—murmuró a su hija.

—Ya lo sé, padre mío.

Lamento no haber podido hacer más por ti en esta vida.

—Calla. Cuando me case con un millonario yo seré la que te cuidaré a ti.

Y el padre sonrió.

* * *

Aquel día, Juanita, al salir con sus compañeras de la fábrica de tejidos, donde trabajaba, se encontró con un fotógrafo ambulante que les ofrecía unos retratos.

—Aquí tienen los retratos. Son los que les hice el otro día para el concurso de belleza de Atlantic City... Han quedado ustedes como las propias rosas.

Las muchachas admiraron las bellas postales, pero al enterarse de que tenían que pagar un dólar por ellas, se indignaron y las tiraron al suelo.

—¡No queremos nada! ¡Bandido! Usted dijo que eran gratis...

En vano insistió el artista. Las chicas estaban mal de dinero y no podían hacer un dispendio semejante... Y cogidas del brazo se alejaron, dejando al fotógrafo con su bella mercancía inútil.

Kelly acertó a pasar por allí y recogió algunas de las cartulinas. Se fió en el retrato de Juanita, bella y gentil como nunca.

—No los quieren—dijo el fotógrafo—. Y es una lástima, porque algunas de esas jóvenes podrían obtener el primer premio del Certamen.

—Soy de su opinión. Me quedó este retrato. ¿Cuánto es?

—Sólo dos dólares.

Kelly pagó el importe y marchó a su casa; y con la confianza de que Juanita obtendría el primer premio, sin decir nada a nadie envió el retrato al jurado de Atlantic City.

Días después ocurrió una gran desgracia en el taller de ferrocarriles. El padre de Juanita fué

enganchado por una de las máquinas. Cuando lo sacaron estaba muerto.

Kelly fué el ángel protector de aquella casa.

Poco a poco, aunque el dolor seguía subsistiendo, se hizo más íntimo y callado. Era preciso pensar en la vida que pide sustento, pan. Detrás de Juanita había ahora una madre y cuatro niños, a los que había de mantener.

¿Qué hacer ante aquel trance? ¡Ah, si encontrase un millonario! ¡Si Kelly fuera, por ejemplo, un millonario! Pero Kelly no era más que un pobre muchacho y no había que contar con él... Y el alma de Juanita, vacía hasta entonces de amor, sólo suspiraba por el deseo de grandeza y por la necesidad de sostener a los suyos.

Kelly les comunicó un día una buena noticia. Sin que Juanita lo supiera había mandado el retrato de ésta al Certamen. Y el Jurado, eligiéndola en representación de aquella provincia, le rogaba se presentase al gran concurso para elegir Miss Universo.

Aceptó Juanita aquella notificación y agradeció con toda su alma a Kelly lo que había hecho. Si ganaba obtendría para su casa una gran cantidad. Y esto podía ser la clave de su situación.

Días más tarde Juanita, nombrada Miss Missouri, marchaba en tren hacia Atlantic City, en compañía de una muchacha periodista, que iba a hacer información.

* * *

La estación estaba adornada de flores. El tren conducía a todas las deliciosas muchachas que se presentaban al concurso. Los andenes se llenaron de más luz, color de juventud y de hermosura.

Una banda de música tocó una marcha triunfal. Las autoridades, con el alcalde a la cabeza, saludaron a las bellas concursantes. Una nube de fotógrafos las rodeaban.

Al bajar del coche, Juanita tropezó sin querer con un caballero de mediana edad, muy peripuesto y elegante, quien, con una fina sonrisa y clavando en ella sus ojos ardientes, le pidió perdón.

Mary, la periodista, amiga y secretaria, murmuró al oído de Juanita:

—Es Roger Norton, el millonario.

—¿Si?

—Te está mirando. Es uno de los miembros del Jurado. Creo que le has flechado. Vas a ganar. Pero no te pongas nerviosa, mujer...

Ya Juanita no veía nada más que a Norton. La idea de un millonario la enloquecía. Mientras el alcalde pronunciaba su discurso de bienvenida, ella contemplaba a Roger Norton, que tampoco le sacaba la vista de encima, complaciéndose en admirar aquel cuerpo juvenil y gracioso.

Pasó Juanita el resto del día llena de emoción, y por la noche, ya en su cuarto de hotel, no tenía el menor sueño...

La periodista escribía en la máquina sus impresiones.

—Convendría que calmasen tus nervios y te fueses a dormir—le advirtió la repórter—. Yo le estoy diciendo a mi periódico que vas a ganar.

—No debían exigir que desfilemos en traje de baño. Me da vergüenza.

—¿Crees que te van a juzgar por la dentadura?

Oyeron de pronto el ruido del motor de un

dirigible y se asomaron al balcón, viendo cruzar el espacio un pequeño zepelín, en cuyos costados llevaba el nombre de Norton.

—Es un anuncio de Norton—dijo Mary—. Por cierto que Norton vive aquí al lado.

—¿Sí?

—¿Oyes música? Debe estar celebrando una fiesta...

—Vamos a ver...



—Le estoy diciendo a mi periódico que vas a ganar.

Salieron a la terraza y miraron tras una puerta de cristales con visillos lo que sucedía en las estancias contiguas... Pero apenas se veía nada.

—Norton te miraba de una manera especial..

Acuérdate que es millonario y uno de los árbolitos.

Un perro lobo, propiedad de Norton, olfateó el espionaje que realizaban las dos mujeres y corrió hacia la puerta aullando de modo desahogado.

Asustadas las amigas, volvieron a su departamento. Momentos después llamaban a la puerta de cristales, y Mary descubrió la silueta de Norton.

Le franquearon la puerta. Era efectivamente Norton, que sonreía contemplando codiciosamente a Juanita.

—Estaban ustedes en la terraza. ¿verdad? Y mi perro se echó contra ustedes. Crean que lo lamento mucho, pero lleva bozal, no deben temerle.

—¡Oh, no tiene importancia!

—¿Quieren pasear conmigo?

—Gracias... Debemos madrugar... Estamos un poco cansadas.

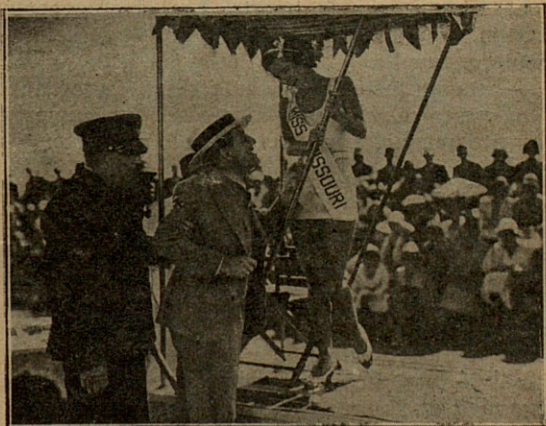
—Pues entonces no insisto. Ya nos veremos mañana en el concurso. Le deseo un éxito completo, total, señorita.

Volvió Norton a sus habitaciones y Juanita y su amiga quedaron en las suyas, haciendo toda clase de comentarios acerca del gran momento que se avecinaba y en el que se iba a nombrar a Miss Universo.

La playa aparecía rebosante. Millares de personas se habían congregado allí para asistir al desfile de las bellas. Estas, en traje de baño, iban en floridos carruajes y bajo doseles de seda. Las ovaciones se sucedían interminables a su paso. Juanita se llevaba grandes aplausos por

su admirable belleza y la euritmia de sus formas.

Kelly acababa de llegar a Atlantic City y se vió en apuros para abrirse paso a través de la ingente multitud. Gracias a su atrevimiento y a la fuerza de sus puños y después de rechazar varias veces a un guardia que pretendía detenerle, consiguió llegar junto a la carroza de su amiguita.



—¡Tú eres la más bella de todas!

—¡Juanita! ¡Tú eres la más bella de todas!

—¡Gracias, Kelly! ¿Viste a mamá?

—Ya lo creo... Está rezando por ti... Y tus hermanitos también están rezando por ti... Y van a escuchar por radio el resultado del concurso. Ganarás.

El ejemplo de Kelly había sido imitado por

mucha gente, que rodeaba el carruaje de Juanita y le hacía imposible el que pudiese avanzar.

De pronto descendió de su automóvil el millonario Norton, y avanzó a duras penas hacia Juanita.

—Miss Missouri no va a poder pasar en su coche... ¡Venga conmigo!

Y dándole la mano, y con el respeto que imponía en todas partes su personalidad, la hizo subir a su automóvil, que enfilando por calles transversales, llegó en poco tiempo al lugar del concurso, mientras Kelly, tras innumerables esfuerzos, llegaba mucho más tarde a poder situarse en la tribuna.

Todas las muchachas, vestidas con maillot, se hallaban en un tablado en espera de desfilar ante la tribuna del Jurado.

Kelly había podido ponerse junto a Juanita y a la periodista, y animaba a su amiga a tener fe.

—Ninguna de ellas puede compararse contigo... No son nada a tu lado.

Desfilaban una a una entre los aplausos del gentío. Juanita esperaba el momento de que le tocase su turno. A veces sentíase optimista, pero otras volvía a caer en el pesimismo.

Iba ya a desfilar. Kelly la murmuró:

—¿Bailaré esta noche con Miss Universo?

—Con Miss Missouri, sí bailarás.

—Con Miss Universo. Dime, Juanita, ¿cenarás esta noche conmigo?

—Sí.

Desfiló ante la tribuna. Las ovaciones arreciaron... Poco a poco el jurado iba eliminando a las muchachas... Quedaron, al fin, entre la general expectación, únicamente tres: Argentina, Francia y Missouri.

El jurado deliberó acerca de a quien debía otorgársele el cetro real, y el voto de Norton fué decisivo para Juanita.

—Miss Missouri posee todos los atributos de hermosura. Voto por ella.

La decisión fué unánime. Y momentos después el "speaker" de la radio comunicaba desde el micrófono instalado allí mismo, la noticia de que Miss Missouri ascendía a la categoría de Miss Universo.

Entonces se realizó una extraordinaria pantomima. Pusieron sobre las espaldas de Juanita un magnífico abrigo de marta y precedida del Jurado y de varios pajes fué acompañada hasta el trono, donde el rey Neptuno le entregó cetro y corona y simbolizó en ella a la reina del Universo.

Kelly no había podido ir a la tribuna presidencial, pero saltaba de loca alegría. Norton no se separaba ni un instante de la triunfadora y la invitó a pronunciar unas palabras por radio.

Pálida de emoción, sin tener en aquel momento otro recuerdo que el de sus familiares, la joven avanzó hacia el micrófono.

—¡Hola, mamá! ¡Hola, hermanitos! ¡Os mando un besito! ¡Adiós!

Aquella ingenuidad fué premiada con ovaciones, y allá en una casita del pueblo, una madre y unos hermanos escucharon enternecidos la noticia del triunfo y la voz acariciadora de Juanita.

Juanita era tan dichosa que casi sentía ganas de llorar.

—Parece que va usted a llorar—le dijo Norton, sonriente.

—Soy tan feliz.

—Está usted un poco mareada... Necesita aire

fresco... Venga conmigo. Iremos a dar una vuelta por el muelle.

Y dándole el brazo se abrió paso entre el gentío. Tras un paseo por la playa regresaron en auto al hotel, y Norton la invitó a cenar en sus habitaciones.

Al principio ella se negó a aceptar.

—No se apure—le dijo él—. Su habitación está al lado...

—Con mucho gusto aceptaría, pero tengo que cenar con un amigo, Kelly.

—Ya cenará otro día con él... Creo, además, que en adelante debería usted prescindir de ciertas amistades.

Dudó Juanita, pero la idea de atrapar a un millonario, la suprema aspiración de su vida, pudo más que todo, y accedió.

Y entretanto, Kelly, esperaba en su cuarto la llegada de Miss Universo.

Pero iba pasando el tiempo y la reina no venía... Y Kelly comenzaba a experimentar un gran desaliento.

El camarero, que había aguardado hasta la una el momento de servir a los señores, fué a pedir permiso para marcharse. Era muy tarde y seguramente no vendría la invitada.

Juanita no había vuelto a pensar en Kelly. Una cena opípara, manjares exquisitos, le hicieron olvidar al que esperaba.

Norton, contemplándola con malicia, le murmuraba:

—Será reina por un año. ¿No la entristece eso?

—Puedo ganar mucho dinero en un año.

—¿Sabe usted lo que la propongo? Casarse conmigo.

—¿Usted? ¿Casarse?

El sueño era realidad ¡Casada con un millonario, tener dinero para derrochar, para gozarlo todo, para vivir siempre como una reina! Y sin reparar en que aquel hombre no le inspiraba amor, y sí únicamente la simpatía de aquel que nos hace un favor señaladísimo, accedió a aquel propósito.

Kelly, desesperado, sin comprender lo ocurrido, fué a la habitación de Mary, donde ésta escribía a máquina uno de sus artículos.

—¿Sabe usted dónde está Juanita?

—Debe estar celebrando el acontecimiento—contestó friamente.

—¡Qué raro que no haya venido aún!... ¡Ah! Ya escribe usted la noticia, ¿verdad?

—Con todo detalle.

—Y ponga que su éxito me lo debe a mí... ¿Dónde estará Juanita?... Diga que William Kelly logró que le hiciesen justicia... Bien podía llamar por teléfono.

Su charla era constante, inquieta, tanto, que Mary le rogó serenamente que hiciera el favor de callar hasta que ella hubiese terminado el artículo.

Pero seguía Kelly tan nervioso, se le veía tan agitado, que la reporter acabó por confesarle que Juanita se hallaba en los aposentos de Norton.

—¿Y le permitió usted ir sola al cuarto de ese hombre?—gritó exasperado.

—Usted la invitó al suyo.

—Esto es distinto... Necesito verla... ¿Dónde están las habitaciones de Norton?

—Aquí al lado, pero no vaya usted a dar un escándalo.

Kelly ya no le oía. Entró sin pedir permiso en el cuarto, donde sentados en un diván se ha-

laban Juanita y Norton... El millonario tenía cogida la mano de la muchacha y la besaba largamente.

El les contempló lívido, y al verle, la pareja se levantó un poco aturdida.

—¿A qué viene esa intromisión?—preguntó Norton.

—Vine a buscar a Juanita... Yo...

—Es mi mejor amigo—explicó Juanita—. William Kelly.

El millonario se echó a reír.

—¿Su mejor amigo?... Entonces denos usted la enhorabuena por nuestro proyectado enlace.

—¿Su enlace?...

Algo había muerto de súbito en su corazón. Temió echarse a llorar, pero reaccionó con un gran esfuerzo, y les tendió la mano.

—¡Está bien, Juanita, está bien! ¡Ahora tendrás de todo!... Es maravilloso lo que te pasa... Les deseo todo género de felicidades.

—Gracias, Kelly—le dijo ella con simpatía, y sin adivinar la amargura de aquella alma—. Y lamento que te haya hecho esperar en vano.

—No, no te preocupes por eso... Trátela bien, señor Norton... porque se lo merece todo.

Y marchó de nuevo al cuarto de Mary, donde ésta, terminado su artículo, le esperaba para ir de paseo.

—¿Qué le pasa? ¿Está usted llorando?

Aun disimuló, con una sonrisa que partía el alma.

—¿Acaso no tengo motivos si voy a salir con usted?

Juanita y Norton se casaron... La vida de lujo, de esplendor, de grandeza hacía olvidar mo-

mentáneamente a Juanita la ausencia de todo vínculo espiritual. Vivía alegremente pensando que gracias a su matrimonio, no sólo ella, sino sus familiares iban a gozar de una rica existencia.

Aquella tarde llegaron a un gran hotel de la capital.

Firmaron en el "bureau". Un criado quiso ayudar a Juanita a despojarse de su abrigo, pero Norton, bruscamente, se lo impidió.

Ya en su cuarto Norton destapó unas botellas de champaña, y quiso hacer beber a su mujer.

—Gracias. No me gusta. Mis padres jamás bebieron.

—Pues es preciso que te acostumbres a beber. No eres más que una niña aún. Pero yo haré de ti la mujer más atractiva del país.

—Sólo quiero ser atractiva para ti.

—En ese caso quíereme mucho siempre...

Juanita lanzó un largo suspiro. Miró a Norton, que tenía a veces una expresión sombría.

—Me siento tan feliz esta noche, pensando que mamá tiene diez mil dólares... Y lo que más feliz me hace es... que los he conseguido honradamente.

—Y a mí me alegra en el alma.

—Al principio pensé que me los ofrecerías a cambio de ciertas cosas. Pero no los hubiera aceptado. Has procedido correctamente... Te has casado conmigo.

—Siempre hago lo mismo.

Estas palabras dichas en un tono glacial y desagradable causaron una dolorosa impresión a Juanita, que le había creído antes soltero.

—¿Te has casado antes?

—Tres veces. ¿Quieres ver sus retratos?

Entristecida, como si no se viera ya la única mujer amada, sino un eslabón más en la cadena de una vida, vió como Norton sacaba de un "secreter" unos retratos.

—La primera la recogí del arroyo y me engañó con un tendero... Esta otra quería tener hijos. A la última podía haberla matado cuando la descubrí, pero me ahorré la molestia... De modo que ya ves que merezco ser feliz a tu lado.

De una manera repentina, su felicidad acababa de disminuir. Mirando a Norton veía en su rostro una expresión de crueldad, de frialdad brutal en que hasta entonces no había reparado. Por primera vez su alma pareció rebelarse ante la idea de una posible esclavitud.

Sonó el teléfono. Norton se puso al aparato.

—¡Está bien! Iré al vestíbulo—dijo al cabo de unos momentos.

—¿Quién es?

—Un amigo. No te muevas... Vuelvo en seguida.

Bajó al hall y encontró a Kelly, que avanzó hacia él sonriente. Había recobrado el optimismo. Sus asuntos, su nuevo empleo marchaba bien. Había querido olvidar el amor que sentía por Juanita en su corazón. Lo ocultaría para siempre. Era tan generoso que en cierta manera se sentía feliz, creyendo feliz a Juanita.

Norton, fríamente, sin darle la mano, le preguntó lo que quería.

—Sólo quería decirle adiós a Juanita. ¿Cómo está?

—La señora Norton no desea ver a sus antiguos amigos.

—¿Que no desea? ¡Eso no es verdad! Usted es quien no desea que la vea... Veo que es usted

muy celoso. Y eso demuestra que la quiere... En fin. De mí no ha de temer nada... Dígale usted que le deseo mucha suerte... si quiere decírselo.

Y se alejó rápidamente, mientras Norton se encaminaba de nuevo hacia la habitación de su esposa, y silenciaba a Juanita la visita del buen amigo Kelly.

* * *

Fueron a París. Norton sentía la vanidad de que su mujer fuese la más bella del mundo. Tenía celos de todo el mundo, y al propio tiempo quería que Juanita fuese una preciosidad, algo maravilloso.

Y en París visitaron a los mejores especialistas de belleza, y convirtieron a aquella criatura en algo divino, embriagador, pero que, sin embargo, no tenía aquella grata naturalidad de sus tiempos modestos en Norteamérica.

—Quiero que mi mujer sea la admiración de Europa—decía.

Después de permanecer varios días en París marcharon en automóvil hacia un legendario castillo, situado en una provincia francesa... antigua fortaleza que Norton había adquirido hacía ya varios años.

Un hombre viejo, de aspecto idiotizado, les franqueó la puerta, y quedó contemplando con ojos extáticos a Juanita.

—La señora es bellísima, señor—murmuró.

Juanita había retrocedido ligeramente ante aquel ser torvo y extraño.

—No le temas a Monk—dijo Norton, riendo—. La guerra le trastornó la cabeza... En cambio para mí la guerra fué una delicia. Me ganó una fortuna con ella.

Y rió de la manera innoble como rien to-

dos los que son ricos gracias a la sangre derramada por sus hermanos.

Entraron en el vestíbulo, y recorrieron los diferentes departamentos de aquella gran fortaleza, habitaciones amplias, tristes, oscuras, de paredes grises, de misteriosos escondrijos, donde parecían surgir los viejos moradores fantasmales.

Una sensación de terror pareció caer sobre el alma de Juanita.

Una doncella salió al encuentro de los señoritos.

—Tu doncella Marie, Juanita—explico Norton.

—Muy bien. Muy bien. Pero este castillo me aturde, Norton.

—Ya te acostumbrarás a él.

—Creo que sí. Es como si fuera de leyenda. ¡Oh, cómo me gustaría, sin embargo, que estuviesen aquí mis hermanos para que lo alegraran un poco!

—Los mandaré a buscar.

Después fué al cuarto que le designaran, en un ala del castillo.

La doncella parecía una muchacha simpática y Juanita se confió a ella.

—¿Sirvió usted a la última esposa del señor Norton?

—Sí... La pobre... La volvió loca... y un día...

—Estoy enterada.

Se oyeron los aullidos de un perro, y señora y doncella se asomaron a un ventanal que daba al patio. Vieron a Norton que azotaba despiadadamente a un mastín.

—Este perro mató a su mujer. Unos dicen que lo mandó hacer el señor...

—¡Qué espanto!

Durante los primeros días de su permanencia allí, tuvo miedo. Su marido la trataba suavemente, pero ella se sentía prisionera.

Empezó a comprender que no era feliz, que en el mundo hay algo más que vivir bien y con dinero. Además no se movían nunca del castillo... Vió claramente que su marido era un tipo celoso y que tenía hasta celos del aire que ella respiraba. La observaba siempre con un espionaje continuo, que crispaba sus nervios y le hacía añorar el pasado, con todos sus vaivenes e incertidumbres.

Norton le hizo aprender el piano. Un profesor le daba lecciones. El marido, muy a menudo, desde una mirilla les espía.

También la joven recibía lecciones de equitación. Otro profesor la enseñaba. Un día había ido con éste de paseo a caballo por el bosque. Se detuvieron para descansar unos momentos.

El profesor, sonriente, le dijo:

—En breve no necesitará que le dé más lecciones. Monta usted muy bien.

Apareció en aquel instante Norton, eterno espía de su esposa, y brutalmente azotó al profesor.

—No le pago para que charle con la señora. ¡Está usted despedido!

Humillado el pobre empleado, se alejó, sin osar contestar a la agresión innoble. La esposa intentó defenderle.

—No hizo nada.

—Has estado coqueteando con él.

—¡Mientes! Y mira, Norton, no pienso tolerar más tus viles sospechas. ¿Por qué no haces que me vigile el perro?

—No me des motivos.

Desviaron la charla. No volvieron a hablar

del incidente. Pero Juanita se sintió más sola, más abatida que nunca... Y más tarde, con gran amabilidad, le rogó:

—Norton, quiero irme a casa. ¿Me lo permitirás?

—Tal vez más adelante. Ahora no. Haremos venir a tus hermanos y a tu madre.

No tenía demasiada confianza en ello, y volvió a su cuarto, para llorar a solas el sentirse prisionera en una jaula de duros barrotes, como una de aquellas mujeres de antaño, pájaros sin libertad, eternamente condenados a alegrar al señor en su castillo.

* * *

William Kelly estaba en París, y una tarde se encontró en un café con Mary, la periodista norteamericana.

Tuvieron ambos una gran alegría y recordaron hechos de la lejana patria. Ella explicó que se hallaba en París enviada por su periódico para escribir unos artículos. El, que iba elegantemente vestido, dijo:

—Pues diga en su diario que se encontró conmigo. El Presidente de la Compañía de Ferrocarriles me trajo consigo. Soy su secretario.

—¡Cuánto lo celebro! Y dígame, ¿ha visto usted a Juanita?

—No... no permiten que la vean... Todo ha terminado entre nosotros, pero ojalá que sea muy feliz... Bueno, Mary, adiós... Tengo una cita con mi jefe.

—¿Por qué no me lleva al Baile de los artistas esta noche?

—Esta noche no puedo ir. Tengo mucho trabajo.

—Es lástima, porque he encontrado a Juanita

en un Instituto de Belleza y me ha dicho que iba a ir.

—¡Ah, pues si va Juanita, iré... iré!... Quiero verla, pase lo que pase.

En efecto, Juanita y Norton se encontraban en París. El millonario había accedido a ir a un baile de máscaras con su esposa. Y allá estaba en el Gran Casino de los artistas, vestido de fakir indio y mostrando su dorso desnudo.

Kelly y Mary, disfrazados, esperaban la llegada de Juanita.

La fiesta transcurría entre un alborozo y una alegría extraordinarias. Por fin apareció Juanita vestida de sultana, sobre un coche de flores. La rodearon las máscaras, danzando a su alrededor admirados de aquella belleza de maravillas.

Su marido, que se hallaba en un palco, en compañía de otra máscara, antigua conocida suya, contemplaba enorgullecido el triunfo de su mujer.

Al principio Kelly no reconoció a Juanita, y Mary tuvo que advertirle que era la que vestía de sultana.

—¡Qué cambio tan grande!—dijo él maravillado—. Voy a verla.

Se abrió paso entre la muchedumbre y llegó hasta cerca de la muchachita.

—¡Juanita!

—¡Oh, Kelly! ¡Kelly!

Su voz tenía matices de emoción. Tan inesperado era aquel encuentro.

—¿Quieres bailar conmigo?

—Prefiero que charlemos un rato, Kelly... ¡Qué alegría verte!

Le cogió cariñosamente por un brazo y se fué con él a una de las salitas contiguas.

Norton vio a su mujer que iba con Kelly y

los celos anidaron como víboras en su alma. Rechazando a la mascarita que estaba con él, salió del palco. En uno de los pasillos encontró a Mary.

—¿No se acuerda de mí? Soy la amiga de Juanita.

—No quiero saber nada de sus amigos.

Y con un gesto hosco y amenazador siguió su camino, mientras Juanita lo olvidaba todo en aquel instante para pensar sólo en sus cosas de América.

—¿Cómo están mamá y los nenes, Kelly?

—Perfectamente. Los niños van a la escuela en auto, y tu mamá es tan feliz... ¡Yo la quiero mucho! A mí también me ha ido maravillosamente... ¿Y tú lo tienes todo? Dime, ¿cómo se siente uno cuando es rico?

Juanita, sin poder ocultar por más tiempo el fracaso de lo que había creído su felicidad, y que la convertía en una esclava, se echó a llorar.

Kelly, que hasta entonces no había creído que Juanita pudiese ser desdichada, le dijo:

—Juanita, no llores. ¿Qué te pasa?

—¡Ese hombre! ¡Mi marido! ¡No es lo que yo creía!...

—Juanita, si te trata mal soy capaz de matarlo... porque te amo.

Ella entonces le contó cuánto había sufrido desde que había llegado a Francia con la compañía de aquel hombre, celoso y brutal como un Otelo.

Enternecido, Kelly besó sus manos.

—Te quiero con toda mi alma, Juanita. Es preciso que te divorcies de ese hombre. Yo seré para ti tu consejero, tu amigo, tu esposo.

—¿Será posible, Kelly? ¿Querrá Norton concederme el divorcio? ¡Cómo me dejé deslum-

brar! Tenía la felicidad a mi lado, y la olvidé para buscar la incertidumbre.

—¡Te quiero tanto, Juanita!

Se dieron el primer beso de amor. Después preguntaron al conserje si había visto a Norton, y le informaron que se había marchado. Fueron al hotel. Allí les dijeron que Norton se había marchado al castillo. Dispuestos a terminar aquella situación insostenible, se hicieron conducir en un coche a la fortaleza feudal.

Norton había llegado hacía poco y sentado ante la mesa de su sombrío despacho, contemplaba risueño al criado Monk, el viejo idiotizado por los sufrimientos de la guerra. A su lado se hallaba un servidor chino, que a una orden de Norton hacía beber vino a Monk.

—¡Sírvale otra!

—No más, señor Norton...

—¡Bebe otra! ¡A la salud de mi mujer que está con su amante!

Parecía loco y le obligaba a beber hasta emborracharse...

El chino suplicaba a su señor que no lo hiciera.

—No más, señor.

—¡Quítate de mi presencia, miserable!

Después, mirando al pobre Monk, cuyo cuerpo temblaba, le gritó:

—¿Conociste verdaderamente a alguna mujer?

—A mí madre, señor—repuso con una voz que era un lamento.

—Todas son malas.

—Mi madre, no.

—He dicho que todas, todas...

Y le arrojó a la cara la copa de vino...

De pronto se oyó la bocina de un automóvil,

y asomándose al ventanal vió llegar a su esposa y a Kelly.

Una sonrisa trágica crispó su rostro.

—Abre la puerta a mi mujer y su amante, Monk.

Monk, como aturdido, hipnotizado, humillado por las ofensas constantes, viéndose tratado como una bestia, salió lentamente.

Norton se puso un batín y guardóse en el bolsillo un revólver. Sentóse ante la mesa y esperó la visita.

No tardaron en presentarse los dos, y Juanita fué la primera en hablar:

—Norton, ¿quieres escucharme?

—¿Qué tienes que decirme? Habla—respondió fríamente.

—Oye bien. Creí que te quería hasta la noche en que me confesaste que te habías casado varias veces. Desde entonces te detesto... Quiero que me concedas el divorcio.

—¿Para casarte con él?

—Eso no te importa. Se razonable...

Fríamente, fingiendo admirablemente, contestó:

—Lo seré. ¿Por qué negarte tu libertad si amas al señor Kelly? Nos reuniremos mañana para ultimar detalles.

—No queremos dinero.

—Al menos agradéceme el ofrecimiento. ¡Y brindemos por un feliz porvenir!

Con una serenidad pasmosa llenó unas copas de vino, y los tres bebieron. Kelly y Juanita estaban desconcertados.

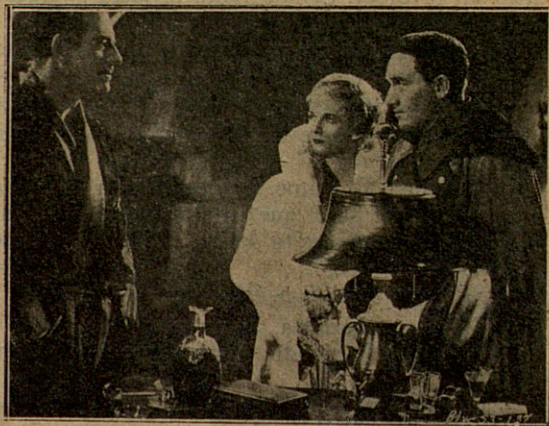
—Gracias por todo. ¡Buenas noches, Norton!

Kelly marchó para volver al día siguiente, y ella fué a su cuarto. Cuando Norton quedó solo,

la sonrisa de odio reapareció en su rostro, como una carátula trágica.

Dejó pasar como un cuarto de hora, y luego se dirigió lentamente hacia la habitación de Juanita.

Ella no le quiso abrir, y Norton no insistió. Pero de pronto, abrióse una puerta secreta que daba a la alcoba de la joven, y el marido penetró en ella.



—¿Por qué negarte tu libertad, si amas al señor Kelly?

—¡Sal de aquí!—dijo Juanita, pálida de espanto—. No debías haber entrado.

—Aun eres mi mujer.

—Pero sabes que amo a otro.

—Quieres dejarme, ¿eh?... El mastín se ocupará de ti. Esa será mi venganza.

Le causaron tanto horror aquellas palabras, que Juanita se desvaneció. El la dejó unos momentos sobre el lecho y la llenó de besos locos. Después, la cogió entre sus brazos, y llevado de la idea feroz de darla muerte, salió al patio, hacia la cuadra, donde se hallaba el fiero mastín.

La bestia aullaba con un anhelo brutal de sangre de mujer... Pero cuando Norton ya iba a meterla en la jaula apareció el viejo Monk, quien con un garrote y una expresión de locura trágica en los ojos amenazó a su señor de tal modo, que éste, aterrorizado ante la visión del idiota, retrocedió lentamente y volvió de nuevo con su carga a la habitación de Juanita.

La desgraciada volvió pronto en sí, y al despertar y ver ante ella la figura repugnante del millonario, dió un grito que Norton apagó besándola en la boca con una rabiosa sed.

Dispuesta a no consentir que la mancillase aquel canalla, Juanita le quitó el revólver que tenía en el batín y le apuntó:

—Si das un paso, disparo.

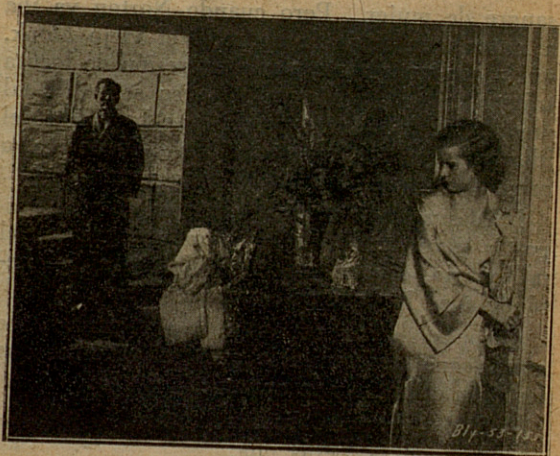
—No podrás. Serás mía.

Con los brazos abiertos iba a abarcar a la mujer. Esta iba a tirar. Pero en aquel instante apareció por la puerta secreta el desdichado Monk, quien con un revólver disparó contra Norton, que le había hecho soportar durante tantos años las más repugnantes humillaciones, la tiranía del superior que se ceba en el que no se puede defender.

Norton, con los brazos todavía extendidos, cayó pesadamente al suelo. Había querido apresar

entre ellos a la mujer y era a la muerte a quien hallaba.

Al día siguiente se presentó el juzgado, ordenando la detención de Monk. Para nada moles-



...abrióse una puerta secreta...

tarían a Juanita, que podría marchar cuando quisiera.

Ella, exhausta aún por tantas emociones, manifestó que cedía todo el dinero y bienes de su marido a los pobres. De Norton, nada. Ni un recuerdo.

Y días después embarcaba para América en

compañía de Kelly, para reunirse con sus hermanos y casarse en seguida con el hombre que por encima de todo tenía un corazón generoso y liberal y un alma hecha de luz y sacrificio.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará. 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaba de aparecer en Ediciones Especiales
A L M A L I B R E

por Norma Shearer y Clark Gable, etc.

ESTA SEMANA:

A L . C A P O N E

(Pánico en Chicago)

Sensacional éxito

Precio popular: 1 pta.

Comprar una vez

EL SOBRE SEMANAL

es ser comprador constante

Cada sobre contiene una novela de cine completa, completamente nueva y con su correspondiente postal.

Los mejores asuntos - Los mejores artistas.

Las mejores narraciones.

Precio: 15 cts.

!MUCHACHOS! Vuestra publicación es
AVENTURAS & FILM

Publica cada semana un asunto de emoción, por los mejores artistas de vuestra predilección.
Lectura sana - Asuntos morales - Lujosa presentación.

Precio: 15 céntimos



Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA

